

Marlene Ayala Labadí
Ileana Alea Castillo

La violencia de Género contra la mujer en la relación de pareja

Nos es grato haber nacido mujeres y lo que queremos es vivir el placer de serlo. La libertad de pensar, de decir, de hacer y de ser lo que nosotras decidamos. Incluida la libertad de equivocarnos.

Librería de Mujeres de Milán

El artículo propone un acercamiento al tema de la violencia contra la mujer desde un enfoque psicológico, abordamos el tipo de violencia que se expresa en la relación de pareja; la que es vivenciada por nosotras de manera transfigurada y legitimada por el tipo de sociedad en la cual vivimos. No se trata de explicarla desde un enfoque sexista y/o feminista, sino desde el mutismo existente alrededor de aquellas que la experimentan, desde la necesidad del cambio inminente y necesario por el transitar lógico del momento, que clama por el equilibrio, el respeto mutuo y la paridad entre hombres y mujeres.

El presente trabajo es una continuación de las actividades desplegadas por el grupo científico estudiantil "Mariposa", de estudio sobre la mujer con enfoque de género donde una de las líneas de trabajo es la violencia de género. Nuestro objetivo es promover la reflexión en torno a la violencia contra la mujer en la relación de pareja desde un enfoque de género teniendo en cuenta

los elementos sociopsicológicos que influyen en el nivel subjetivo de la mujer violentada.

Para adentrarnos en el tema debemos partir de qué se entiende por violencia, según Jorge Corsi: en sus múltiples manifestaciones, la violencia siempre es una forma de ejercicio del poder mediante el empleo de la fuerza (ya sea física, psicológica, económica, política) e implica la existencia de un “arriba” y un “abajo”, reales o simbólicos, que adoptan habitualmente la forma de roles complementarios: padre-hijo, hombre-mujer, maestro - alumno, etc.

La Violencia determina imponer determinados estilo de conductas, patrones de comportamiento y formas de pensar. Elementos que se van socializando en la medida que el hombre y la mujer se convierten en algo más que seres sexuados.

Sin embargo, y como bien se refleja por el autor en el concepto violencia no es solamente aquel acto que encierra en sí mismo el uso de la fuerza, sino recurre a otras manifestaciones desde lo psicoafectivo como:

-Física: actos que generalmente van asociados a empujones alones de pelo, golpearla en el rostro con la mano abierta o el puño cerrado, tirarle objetos, o golpearla con un objeto cualquiera, e incluso tomar un arma de cualquier tipo para causarle daño físico o incluso la muerte.

-Sexual: es la imposición(generalmente del hombre) para realizar el acto sexual(tocamiento, caricias, o penetración oral, vaginal o anal) en contra de la voluntad del otro (generalmente la mujer). Se produce cuando el marido utiliza el grado de fuerza necesario para ser coercitivos con sus esposas respecto al sexo, y puede ocasionar daños físicos y psicológicos.

-Emocional o psicológico: están vinculados a acciones u omisiones destinadas a degradar o controlar las acciones, comportamientos, creencias y decisiones de la mujer, por medio de la intimidación, manipulación, amenazas directas o indirectas, humillación, aislamiento o cualquier otra conducta que implique un perjuicio en la salud psicológica, la autodeterminación o el desarrollo personal.

-Otras como pueden ser: financiera o económica, política, etc...

Estudiar los orígenes de la violencia y los pilares sobre los que esta se sustenta significa cuestionar toda la estructura social. Nos preguntamos entonces ¿Por qué no se cuestiona la violencia como parte del concepto tradicional de masculinidad, es decir, como una manera y una forma de actuar que está íntimamente unida a lo que tradicionalmente se ha considerado ser hombre?

Los hombres no lloran por educación. Es decir, porque nunca les han educado en los sentimientos. Herederos y herederas de una cultura que ha hecho de la razón un patrimonio masculino y de los sentimientos, el ámbito propio de lo femenino, se les ha instruido en que la mejor forma, la más fácil de hacerse hombre es alejándose de lo femenino, de aquello que desde niño se les ha mostrado como lo contrario. «Los niños con los niños, las niñas con las niñas», otra frase del imaginario colectivo que perdura. Históricamente los hombres se han hecho hombres esforzándose en diferenciarse claramente de las mujeres y todo lo considerado como femenino.

Tal vez de todos los mitos que rodean la violencia de género, la creencia de que todos los hombres son violentos por naturaleza sea el más extendido y al mismo tiempo el más peligroso puesto que si aceptamos la violencia como algo natural, poco haremos por combatirla. Y según José Sanmartín, catedrático de Filosofía de la Ciencia en la Universidad de Valencia director del centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia, señala en su libro: La violencia y sus claves; que la comunidad científica está de acuerdo hoy en día en que cantidades bajas de la sustancia serotonina en nuestro cerebro correlacionan con conductas agresivas y que una baja actividad en algunas zonas del cerebro-como la llamada corteza orbitofrontal- o una alta actividad en estructuras que están debajo de la corteza cerebral, como la amígdala lo hace con conductas que, en ocasiones son altamente agresivas.

Pero, señala Sanmartín que lo que también tenemos cada vez más claro es que nuestra biología esta encorsetada por la cultura que hemos ido creando en el transcurso de la historia. La cultura puede convertir lo que en un principio era un instinto al servicio de nuestra supervivencia, en una conducta intencionalmente dañina para otros seres humanos por razones muy distintas de la propia eficacia biológica. Cuando tal cosa sucede, no hablamos estrictamente de agresividad, sino de violencia. «Inevitable sería la agresividad,

pero, evitable, perfectamente evitable, es la violencia«, señala con énfasis Sanmartín.¹

Si no se entiende que en la violencia de género el móvil es ideológico porque nace del sentimiento de superioridad y pretende el control y la sumisión de la pareja, creemos que nos encontramos ante la maldad gratuita, realmente difícil de aceptar.

Los maltratadores son hombres que, fundamentalmente, se creen superiores a las mujeres y con derecho a poseerlas. A partir de esa idea, elaboran su código de conducta, de valores y su concepto de justicia. Ese imaginario ideológico, intolerable, contrario a los derechos humanos y a cualquier sentido básico de justicia, es compartido, con mayor o menor grado, reconociéndolo o negándose a admitirlo, por buena parte de la sociedad y también, por supuesto, por buena parte de las mujeres educadas en esa sociedad. Los agresores son hombres normales, demasiado normales. Son los varones que participan del pensamiento machista tradicional y conciben a su pareja como objetos propios. No duda de la superioridad frente a las mujeres independientemente de cómo sea cualquier mujer es inferior a ellos.

Es necesario romper la relación que existe entre masculinidad y violencia. Es necesario identificar, sin tapujos y sin excepciones la violencia con el delito. La violencia expedirá y dejará de ser una epidemia cuando se replantee el concepto de masculinidad, cuando los niños que se besen en la escuela no alarmen a los adultos que les rodean. Cuando nos preocupemos más por dos niños que se pegan que por dos niños que se demuestran afectividad. Cuando la violencia deje de considerarse normal, algo instintivo en los hombres y, por supuesto, no sea permitida. El niño va aprendiendo una serie de modelos y patrones de conducta con los cuales se va identificando, basados en: ser el más fuerte y ser el mejor. Por lo tanto quedan excluidas de su aprendizaje cotidiano, las emociones, las dudas, las debilidades, el dolor, la sensibilidad, la vulnerabilidad.

Señala el psicólogo Jorge Corsi, especialista del tema, que para que la conducta violenta sea posible tiene que darse una condición: la existencia de un cierto desequilibrio de poder, puesto que el

¹ Sanmartín, José. : La violencia y sus claves; p-77-93, Ariel, Barcelona, 2000.

convencimiento de la superioridad y dominación del hombre subyace en todas las formas de violencia contra las mujeres.²

La violencia de género es un ejercicio de poder. De eso poder masculino, negado y disimulado, pero que se evidencia diaria y cotidianamente. El poder no es una categoría abstracta. El poder es algo que se ejerce y del que los varones han hecho monopolio particular. El maltratador agrede porque puede, porque parte de una supuesta superioridad masculina que aún continúa anclada en la base social y del convencimiento de que su pareja es parte de sus propiedades. La violencia de género se desarrolla porque el varón se considera superiora la mujer, a su esposa y a todas las mujeres e general. Está convencido de que el lugar natural de ésta es la casa y su única actividad, estar a s servicio permanentemente – tanto para satisfacer sus necesidades domésticas como para satisfacer sus deseos sexuales –. El maltratador no solo no tiene un sentido carente de la justicia, sino que la considera lógica, natural y la defiende porque sin esa sumisión de la mujer están en juegos sus privilegios. La complejidad en el análisis y la solución de la violencia de género, (entiéndase física, psíquica, social, verbal, sexual) e incluso en la comprensión de por qué muchas mujeres soportan diez, veinte años de malos tratos, reside en el origen lógico de esta violencia. Incluso quienes hayan decidido renunciar a una vida familiar a cambio de una vida laboral plena se tropezará con la última barrera, la elección discrecional de los puestos de responsabilidad. Las mujeres no solo no forman parte del espacio de los iguales, sino que son socializadas para el no poder.

La coacción social reduce la libertad de las mujeres y fomenta su inseguridad, de igual manera que la coacción psicológica personal incapacita para el desarrollo y la vida cotidiana de forma tan severa como las agresiones físicas. Es importante entender que las capacidades de resistencia no son ilimitadas, se desgastan con el tiempo y conducen al agotamiento psíquico. Los trastornos que ocasiona el maltrato psicológico, una vez superado el nivel de estrés soportable, ya no se puede seguir realizando trabajo de adaptación y se produce un desequilibrio. Aparecen entonces trastornos que pueden resultar más duraderos. Tras un maltrato, las enfermedades psíquicas derivadas del mismo, los procesos de

² Corsi, Jorge, Domen, Mónica Liliana y Sotés, Miguel Ángel.: *Violencia Masculina en la pareja*; p-32-37; Piados, Buenos Aires, 1995

depresión, angustia o ansiedad, provocan que la víctima modifique su carácter, que sea difícil relacionarse con ella, que tenga una conversación reducida, que no mantenga la lucidez y agilidad mental, que parezca que está ensimismada, ida o distraída.

Además de las lesiones inmediatas, la violencia frecuentemente conduce a serios problemas de salud a medio y largo plazo, como el dolor crónico, discapacidad física, abuso de drogas y alcohol, depresión e intentos de suicidios. Y los impactos en la salud reproductiva también son graves; como en el caso de muchas mujeres, son habituales los abortos espontáneos, complicaciones en los embarazos, enfermedades inflamatorias pélvicas, riesgos de embarazos no deseados y contagio de infecciones de transmisión sexual, al igual que otras con un alto componente psicológico como la anorgasmia, frigidez, vaginismo, etc.

Además, casi siempre en el ciclo de la violencia (Anexo) sucede algo interesante, la mujer se auto adjudica el papel de culpable, pues es esa figura masculina la que no sería capaz de equivocarse, de confundir amor con castigo, es la figura masculina la que está idealizada a tal magnitud que creerla capaz de los equívocos es casi imposible, conjuntamente existe la probabilidad de que los otros piensen que ella es la culpable de que termine el matrimonio, que sufran los hijos, en fin: primero todos a costo de mi propia felicidad y es entonces cuando se perpetúa el ciclo de la violencia.

Las mujeres necesitamos cuestionar el modelo de feminidad tradicional puesto que cuanto más nos acercamos al estereotipo de feminidad que han diseñado para nosotras, más infelices, más vacías como personas nos sentimos. Necesitamos cuestionar ese modelo por la profunda injusticia que encierra, por la doble moral que defiende y por el sinfín de trampas que nos tiende.

La violencia doméstica se desarrolla en el lugar donde se supone que reina la seguridad, el hogar y en una relación que, también se supone, está basada como mínimo en el respeto y, en muchos casos el amor y la intimidad. La violencia en el propio hogar intimida, degrada, humilla y termina con la autoestima de las mujeres que la sufren. Lo que verdaderamente define la situación de la víctima es la progresiva destrucción de su personalidad por causa del terror al que se ve sometida.

Si a la violencia de género, la que sufre las mujeres por el hecho de serlo se le denomina violencia doméstica; se le quita toda la carga ideológica, por lo que parece que esta fuese una pelea entre iguales y que hombres y mujeres sufren el mismo número de muertes y heridas cuando en realidad, la inmensa mayoría, son muertas y heridas.

Los pequeños actos de control, las primeras críticas, las primeras imposiciones son tan cotidianos y están tan admitidas socialmente, parecen tan normales, que es necesario tener una clara conciencia de género y nitidez en las ideas a la hora de diferenciar los abusos, que siempre están camuflados en los roles tradicionales y amparados en el machismo social y cultural.

Sólo podremos terminar con la violencia de género cuando se modifiquen las estructuras que discriminan a las mujeres situándolas como ciudadanas de segunda categoría, y la clave para cambiar estas estructuras está en la educación. Desde pequeños y pequeñas se nos instruye para asumir un determinado papel en los diferentes vínculos relacionales, y lógicamente se nos prepara también para el rol que debemos asumir en la relación de pareja, reconsiderando que el papel de las mujeres es el de cuidar y mantener las bases en que se asienta ese mundo de corte masculino, de dominación, de supremacía del sexo fuerte, el hacerle creer al niño que el espacio público es su sitio, mientras que con la niña sucede lo contrario, esa tradición, aún hoy y con cierta frecuencia, se transmite a niños y niñas a través de los diversos ámbitos educativos. Tanto en las familias violentas como en los ámbitos educativos en los que se utilice cualquier manifestación de violencia o se imponga a los menores los roles tradicionales de hombres y mujeres, los niños aprenderán a hacerse valer desde la fuerza y las niñas a ser invisibles o, a imitar el mundo de los niños, no por opción personal, sino para lograr cierto reconocimiento.

Es en la familia tradicional donde se transmiten de manera más inequívoca los roles y las relaciones de poder. Como asegura Victoria Sau: «la familia ha sido y sigue siendo el área de confinamiento, subordinación y explotación de la mujer»³ Este es el espacio donde las niñas y los niños van aprendiendo a comportarse,

³ Sau, Victoria. : Reflexiones feminista para principio de siglo,p-18-42. HORAS Y HORAS, Madrid, 2000

también es donde se perpetúan los roles de dominación y sumisión respectivamente.

Desde el comienzo mismo de la educación de nuestros hijos e hijas debemos ser capaces de detectar las innumerables manifestaciones de violencia para no transferirlas y/o ejecutarla, y así fomentar una educación basada en la comunicación, los sentimientos incondicionales y la equidad.

Una de las manifestaciones conductuales del hombre y la mujer es la sexualidad, y aquí podemos identificar actos de violencia psicológica, cuando en innumerables ocasiones somos capaces de expresarles a las niñas lo impúdico del escarceo sexual, descubrir su cuerpo, palparlo, todo cuanto sea necesario para recrearse en una sexualidad plena; mientras que la contrapartida es la libertad indiscriminada, a veces, hacia el varón promoviendo la promiscuidad, el adjudicarle el rol de controlador de la sexualidad femenina, fortaleciendo una vez más las relaciones de poder, siempre a favor del patriarca, e impidiendo un desarrollo emancipado de la mujer en las misma, trascendiendo al plano de su salud sexual, reproductiva y psicosomática. Para los varones que siguen las leyes del patriarcado, su poder reside en el falo, es el único órgano sexual que importa y su potencia y virilidad depende del uso que hagan de él. Las relaciones sexuales son, simplemente, una demostración más de poder. No las conciben como encuentros bellos y placenteros para ambos, sino fórmula de desahogo y humillación.

La sociedad patriarcal, haciendo uso de todos los recursos a su alcance nos ha negado a las mujeres nuestra propia sexualidad y el disfrute y control de nuestro propio cuerpo, de sus capacidades y posibilidades. El patriarcado no ha escatimado fórmulas para estigmatizar y condenar la espléndida realidad biológica del cuerpo femenino, empeñándose en hacernos creer que era algo sucio, imperfecto o incluso demoníaco. La menstruación ha ido equiparada a una enfermedad y a la impureza. La menopausia ha sido durante años un tabú y motivo para menospreciar a las mujeres. No es casual—dentro de la lógica del dominio masculino—este desprecio hacia las mujeres precisamente cuando se encuentran en la época para disfrutar de su sexualidad en absoluta libertad, puesto que ya no están expuestas a embarazos no deseados al margen de lo que pretendan sus parejas y de lo que las leyes de cada país dispongan sobre anticonceptivos y aborto. Tampoco ha desaparecido de la

cotidianidad utilizar la palabra menopáusica como un insulto a las mujeres.

El goce y el placer son atributos positivos del erotismo masculino mientras que en la mujer son atributos negativos. La sexualidad masculina está íntimamente relacionada con el poder y una de las características fundamentales del poder masculino es el control de la sexualidad femenina, por todos los medios: físicos, psicológicos, legales, sociales, religiosos, culturales y verbales. En la mayoría de las situaciones de violencia psicológica en la pareja, los maltratos van unidos. Es imposible la violencia física sin la psicológica, es el maltrato verbal, casi siempre van acompañadas del maltrato económico y en la mayoría de las ocasiones también del maltrato sexual. Porque la sexualidad es uno de los centro de la definición masculina y de la subordinación femenina.

La cultura patriarcal en la que vivimos cimienta su poder en la represión de la sexualidad femenina y el sometimiento de las mujeres. Para el poder patriarcal las mujeres son propiedad de los varones, en ese concepto de propiedad tiene que estar siempre disponibles para los varones. Utilizándolas para su satisfacción y negándoles el derecho al placer a ellas prácticamente las relaciones sexuales se convierten en violaciones, cuando no lo son completamente. Utilizando las relaciones sexuales de esta manera, los maltratadores humillan a sus esposas y destruyen la autoestima de éstas, así como el respeto hacia sus propios cuerpos, porque las secuelas psicológicas de la violencia no son visibles, como expresara Dulce Chacón: «No le dolieron en la cara, sino al lado del alma, en ese rincón que no se puede enseñar a nadie ».⁴

El silencio de toda la sociedad es cómplice de la violencia que se desarrolla cotidianamente contra las mujeres es por ello que los cambios que se han venido sucediendo en la sociedad, aún no son suficientes, debemos lograr que hombres y mujeres se identifiquen con el mundo nuevo que intentamos construir basado en la equidad y igualdad de derechos y oportunidades, sustentada en las relaciones de igualdad entre hombres y mujeres. En el proceso de cambio de las relaciones entre estos estamos viviendo avances y regresiones, además de la coexistencia, en el momento actual, de valores

⁴ Chacón, Dulce, Algún amor que mate, p.40-47, Editorial Plaza & Janés, Barcelona, 1996.

tradicionales con valores modernos. Es muy habitual la queja entre mujeres con conciencia de género, sobre cómo discurren sus relaciones de pareja. Así hemos vivido desde proyectos de superwoman hasta reclamos de vuelta de las mujeres a sus casas, los que propugnan esta forma de vidas no se han planteado que no pueden sostener un mundo sobre la renuncia y la explotación de las mujeres.

Según Lourdes Fernández la relación de pareja constituye un tipo especial, particular de relación interpersonal, entre sujetos, en función de sus particularidades personológicas, caracterizada por su selectividad, reciprocidad e intenso carácter emocional. Es la más íntima de las relaciones y también la más difícil de satisfacer. Se trata de un vínculo interpersonal, a través de un atractivo sexual, corporal, comunicativo, moral, cultural, psicológico. Lo que interesa a los sujetos que están decidiendo o configurando una relación íntimo-personal de esta naturaleza, es la propia subjetividad del(de la) otro(a), es el (la) otro(a), como totalidad y es esto también, lo que pretende entregarse. Aunque condicionada socialmente, su forma de expresión es completamente individual e irrepetible⁵

Por el derecho a una vida digna de todas las mujeres, es necesario romper con las mentiras y complicidades que sustenta la violencia de género. Ni «señora de la casa» ni «reinas del hogar», ni reinas de corazones ajenos. Las mujeres tenemos el derecho de ser dueñas y señoras de nuestras propias vidas aquí y ahora. Para ello, es necesario que rompamos con las mentiras y las complicidades nosotras, las mujeres y por supuesto, los hombres, de quienes esperamos que den por fin los pasos necesarios para incorporarse a la construcción de un mundo más justo para todas y todos. En palabras de la Master en Violencia Adrienne Rich: «Se trata de dos extrañas clases que se acuestan en la misma cama y hacen hijos juntos, de aquí que nuestra lucha no consista en la eliminación dialéctica del género masculino, sino en la creación de un mundo en el que los valores reconocidos se fundamenten tanto en las características propias de un sexo como del otro».⁶

⁵ Fernández, Ruiz Lourdes. : Personalidad y Relaciones de Pareja, p.56, Editorial Feliz Varela, La Habana, 2002

⁶ Rich, Adrienne. : Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución, Cátedra, Instituto de la Mujer, Madrid, 1996

La cultura dominante también se inventó hace tiempo una frase para frivolar las luchas de las mujeres por justicia y la dignidad. Con la famosa expresión: « guerra de sexos », se intenta por un lado, desvirtuar la lucha feminista aparentando que mujeres y hombres partimos de la mismas oportunidades, cuotas de poder y autoridad, es decir modificando el origen discriminatorio de la situación disfrazándolo de una guerra entre iguales. Por otro lado, si es una guerra, vale todo. Los hombres justifican así la cerrazón en la defensa de sus privilegios que defienden a muerte y como y como sabemos, en muchos casos no en un sentido figurado y las mujeres nos encontramos incluso a ilustres intelectuales descalificando, menospreciando e incluso intentando ridiculizar el desarrollo del pensamiento feminista. Mientras las relaciones hombre – mujer en la política, en la economía y en el mundo laboral y social y familiar se considere una guerra, no habrá nada que analizar, ni nada que cuestionar, simplemente defenderse o atacar. Es evidente que el patrón tradicional de masculinidad conduce al éxito social, pero no da la felicidad ni la paz ni a los hombre ni a las mujeres, por lo que consideramos necesario que esta sociedad tiene que volver a construir el modelo de masculinidad lo antes posible para que los hombre puedan desarrollarse plenamente completamente como seres humanos, y sobre todo, porque a las mujeres nos va la vida en ello.

Los hombres como grupo social, son cómplices en cuanto haber sido transmisores de roles sin cuestionarlos y testigos silenciosos del abuso de poder de otros hombres. Complicidad en la que también ha participado un buen grupo de mujeres bien como víctimas, pero igualmente transmisora de esos roles, bien como partícipe de ese poder masculino del que esperaba le cayeran migajas. La falta de reflexión sobre la masculinidad mantiene las relaciones de género ancladas. No podemos pretender que los niños construyan su masculinidad de forma distinta si no tiene en su hogar referente afectivo masculino. Se necesita un modelo de hombre diferente. Le exigimos a los hombres de paz que quieran cambiar este mundo que dejen de autoprotgerse, que sean honestos con ellos mismo y que se comiencen a preguntar que han hecho hasta para perpetuar la cultura de la violencia, en lugar de la cultura de la paz.

Como dijera Marcela Lagarde: “Basta con reconocer en la humanidad la posibilidad del encuentro en igualdad entre mujeres

y hombres. La igualdad entre los únicos seres equiparables: las humanas y los humanos”.

Es fundamental que tomemos conciencia del daño que los roles tradicionales nos hacen a nosotras mismas y a nuestras hijas e hijos. La gran victoria del patriarcado ha sido hacer a las mujeres grandes transmisoras de su propia subordinación a través de la educación que inculcan a sus hijos y a sus hijas. Una situación que las mujeres podemos modificar, está en nuestras manos.

Quererse a sí misma y para una misma. Dejar de vivir en función de los demás: “Unas gotas de egoísmo”. Sentirse mujer y alegrarse y enorgullecerse por ello. Ya es tiempo de olvidarse de las cenicientas, de los príncipes azules y las brujas malvadas. Ya es tiempo de que las mujeres disfrutemos nuestro derecho a gozar de la vida, a disfrutar de este mundo, a ser como queramos ser y a construir un mundo mas humano donde sin distinción alguna todas y todos seamos mas felices. Hombres y mujeres tenemos la obligación de crear un mundo de ciudadanas y ciudadanos equivalentes, iguales ante la ley y con los mismos derecho, incluido el derecho de soñar.

Nos unimos a Neruda y gritamos con una sola voz: sube a nacer conmigo, hermana. Porque siempre, siempre se puede volver a nacer.

Bibliografía

1. Artiles de León, Ileana. : Violencia y Sexualidad, editorial Científico-Técnica, 2001.
2. Caño, Xavier, Maltratadas. : El infierno de la violencia sobre las mujeres, Temas de Hoy, Madrid, 1995.
3. Corsi, Jorge, Domen, Mónica Liliana y Sotés, Miguel Ángel, Violencia Masculina en la pareja, Piados, Buenos Aires, 1995.
4. Hirigoyen, Marie-France, El acoso moral. El maltrato psicológico en la vida cotidiana, Piados, Barcelona, 1999.
5. Lorente, Miguel y Lorente, José Antonio, Agresiones a la mujer: maltrato, violación y acoso, Comares, Granada, 1998.
6. Lorente, Miguel, Mi marido me pega lo normal, Ares y Mares, Barcelona, 2001.

7. Rich, Adrienne. : Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución, Cátedra, Instituto de la Mujer, Madrid, 1996.
8. SANMARTÍN, José.: La violencia y sus claves, Ariel, Barcelona, 2000.
9. Sau, Victoria. : Reflexiones feministas para principios de siglo, HORAS Y HORAS, Madrid, 2000.

CICLO DE LA VIOLENCIA

